

EL PENSAMIENTO DE MONIQUE WITTIG Y SU PRESENCIA EN LA TEORÍA DE JUDITH BUTLER

Elvira Burgos Díaz. Universidad de Zaragoza.
eburgos@posta.unizar.es

Resumen: Analizamos en el presente trabajo el pensamiento feminista de Monique Wittig, tanto el que se recoge en sus interesantes y sugerentes escritos literarios donde su original escritura y sus propuestas lingüísticas, en particular, son enormemente fructíferas, como el que se formula en sus textos de carácter teórico cuya tesis más conocida y más polémica es que “las lesbianas no son mujeres”. Nuestro objetivo es, además, atender a la provechosa y a la vez crítica lectura que de Wittig hace Judith Butler, mostrando que ha sido esta filósofa norteamericana quien ha revitalizado el pensamiento de Wittig dentro del feminismo de nuestros días.

Abstract: The aim of this paper is to analyse Monique Wittig's feminist work included in her interesting and suggestive literary writings, in which their original writing and particularly, their linguistic proposals are highly relevant for our purposes. Besides, the present article will consider Wittig's theoretical texts and specifically, her well-known and controversial statement that “lesbians are not women”. Thus, our main objective will also focus on how the fruitful and critical readings that Judith Butler makes out of Wittig's postulates have awakened Wittig's presence within current feminism.

Pertenciente al ámbito del pensamiento feminista francés, la obra de Monique Wittig ha llegado a constituir un importante punto de referencia dentro de la producción feminista de la segunda ola. Sus escritos teóricos y sus ensayos literarios poseen, sin duda, además de algunas claves y polémicas formulaciones, sugestivos, inquietantes, estimulantes pensamientos que no dejan de abrir la reflexión y la imaginación a futuros desarrollos feministas. Nacida en 1935 en Alsacia, Francia; instalada en París en los años sesenta, donde comenzó a escribir y a militar en el *Mouvement de Libération des Femmes*; emigra a Estados Unidos en 1976. Lamentamos en nuestros días su reciente fallecimiento acontecido el 3 de enero de 2003 en aquel lugar que acogía su vida, su tarea docente y su carrera en el interior de los *Women Studies*, Tucson, Arizona.

Con la presente aproximación a su nada desdeñable labor feminista queremos rendir homenaje a esta autora, Wittig, que es aún escasamente conocida en nuestro país. Con esta finalidad ante la vista, el camino elegido en nuestro trabajo consiste en mostrar las tesis pronunciadas directamente por Wittig y, además, en acercarnos a la influencia ejercida por su pensamiento a través del análisis de la presencia, presencia controvertida, de su producción como teórica y escritora francesa en las elaboraciones conceptuales propias de la filósofa norteamericana Judith Butler, quien siendo autora reconocida internacionalmente va adquiriendo progresivamente cada vez mayor vida intelectual también en nuestro contexto lingüístico y cultural. Los escritos de Butler, merece ser subrayado, han sido

la ocasión para volver a introducir en la escena de la conversación pública la obra de Wittig e, incluso, para muchas de nosotras, investigadoras feministas, la lectura de Butler ha sido, más aún, la que nos ha proporcionado el primer conocimiento del pensamiento de Wittig y de su importancia.

1.- Los escritos literarios de Wittig.

L'Opoponax es el nombre de la primera novela de Wittig.¹ Escrita en 1964 fue aclamada por la crítica y galardonada con el prestigioso premio *Médicis* habida cuenta de su gran fuerza gramatical y figurativa para alumbrar el complejo e imaginativo mundo de la infancia al tiempo que transita por el sendero del naciente deseo y vivencia lesbiana. Marguerite Duras dijo de *L'Opoponax* que era el primer libro moderno que se había escrito sobre la infancia.²

Años después de su publicación original, Wittig se refirió a su novela *L'Opoponax*, entre otras de sus obras, en su texto titulado significativamente “La marca del género”.³ Ahí insiste en poner el acento en lo que ha sido aliento constante tanto de su producción más teórica como de sus obras más literarias, también de su activismo feminista y lésbico: la lucha contra la categoría de género, contra la marca del género inherente al lenguaje como sistema y de contundentes implicaciones sociales, políticas, filosóficas, para los seres humanos, sus pensamientos, sus relaciones, sus vidas. Wittig se propone destruir el género en el lenguaje o al menos modificarlo intensamente en su uso. Es en su obra literaria donde su peculiar empleo del lenguaje da cauce a su manifiesta intención de transformación lingüística. Las palabras, para Wittig, y no sólo aquellas afectadas directamente por las marcas de género gramatical, sino todas las palabras, incluso las más alejadas de esas marcas de género, están comprometidas con el género, en sus formas, en sus significados.

De lo que se trata, por consiguiente, es de provocar una alteración estructural en el lenguaje. Para ello, Wittig trabaja, en especial, con los pronombres personales que considera que son los que vehiculan el género a través del lenguaje, convirtiéndolos, por esta causa, en temas principales de sus libros. En *L'Opoponax*, interesada en este sentido por el sujeto, por el hablante que habla, y, en particular, por el proceso de formación del yo en el lenguaje que la elección del argumento de la infancia permitía abordar, y a la vez guiada por su empeño en un nombrar desbaratador de los géneros, indicio de aquello que no está al alcance, que está fuera de los sexos, Wittig construye su texto mítico a partir del pronombre indefinido *on* en francés (*one* en inglés): “Con ese pronombre, que no tiene género ni número, pude ubicar –afirma Wittig en “La marca del género”– a los personajes fuera de la división social por los sexos y anularla a lo largo del libro”. El resultado pretendido por Wittig con el uso del pronombre indefinido en su primera novela fue que *on* ocupara el lugar “de toda una clase de gente, de todo el

¹ Monique Wittig, *L'Opoponax*, Paris, Minuit, 1964. Hay traducción castellana en Barcelona, Seix Barral, 1969.

² Sobre el comentario de Duras sobre Wittig, véase: <http://www.liberation.fr/page.php?Article=78850#top>

³ Monique Wittig, “The Mark of Gender”, *Feminist Issues*, vol. 5, nº 2 (otoño de 1985). Hay versión castellana publica en *La Jornada Semanal*, del *Diario La Jornada* de México, el 25 de octubre de 1998. En las citas textuales del artículo de Wittig que incluimos en nuestro trabajo seguiremos esta traducción que puede consultarse en la siguiente dirección Web: <http://www.jornada.unam.mx/1998oct98/981025/sem-monique.html>

mundo, de unas cuantas personas, de *mí* (el *yo* del personaje principal, el *yo* del narrador y el *yo* del lector)”.

En su texto utópico *Les Guérillères*, de 1969,⁴ Wittig continuó mostrando su interés por la vivencia lésbica de dimensión feminista por el camino de la escritura rompedora del lenguaje del género. Es ésta una crónica épica de un sujeto conquistador del mundo y de las palabras que se expresa ante todo mediante un bello lenguaje alusivo, poético y fragmentario más que a través de un claro y nítido hilo narrativo conductor. Ese sujeto que en *Las Guerrilleras* se apropia de la vida y del lenguaje se nombra bajo un pronombre personal de escaso uso en francés, al decir de Wittig en “La marca del género”. Se trata del plural colectivo *elles* que lamentablemente para Wittig cuando es utilizado en francés no significa un punto de vista ni general ni universal. Con *elles* Wittig no pretende en buena lógica referirse al grupo de las mujeres dada su problematización del género sino precisamente trastocar el uso del lenguaje dotando a *elles* del poder de remitir al universal, de ser el sujeto absoluto del mundo.

Se entiende, entonces, que no se trata en Wittig de trabajar en favor de la feminización del mundo ni de defender la existencia y el valor feminista liberador de una supuesta escritura, literatura femenina, como así lo hicieran autoras centrales del pensamiento francés de la diferencia sexual, entre ellas las conocidas Hélène Cixous o Luce Irigaray. Apostar por una escritura femenina sería para Wittig defender justo aquello contra lo que su pensamiento y su texto se dirige, esto es, la existencia de una humanidad diferenciada social y políticamente en sexos dicotómicos y marcada en el lenguaje por el género gramatical. La expresión *escritura femenina* permanece atrapada en el universo cultural masculino dominante. Para Wittig la lengua permite que la escritura pueda ser un espacio de libertad donde la convención de los sexos no sea determinante, donde se dé la posibilidad de construir la idea de un neutro vencedor de la diferencia sexual.⁵

Una innovadora y utópica comunidad de afectos, amores, sentimientos, relaciones, de relaciones de parentesco también, de modos de acción y organización vital que vuelven inapropiadas las categorías de sexo y de género es lo que *Las Guerrilleras* persigue comunicar. Al contrario de interpretaciones dadas en ocasiones, *Las Guerrilleras* ni se alza en defensa de un lesbianismo separatista ni de una supuesta clase sexual, la de las mujeres. De ahí que Wittig afirme ser un tremendo error la traducción inglesa que convirtió *elles* en la palabra *mujeres*. Substituir a *elles* por *mujeres*, dice Wittig en “La marca del género”, supone pervertir la intención de su obra literaria. *Mujeres* es una de esas palabras que por ser visibilizadora del género Wittig explícitamente rechaza: “para mí se trata del equivalente de *esclava* y, de hecho, me he opuesto activamente a su uso siempre que me ha sido posible”.

Tampoco es otra la meta de su obra *Le corps lesbien*, de 1973.⁶ Aquí la capacidad narrativa de Wittig se hace aún más fuerte en la desarticulación del modo usual de expresión, lógico, lineal, coherente, no contradictorio, dando aliento a un universo creativo

⁴ Monique Wittig, *Les Guérillères*, Paris, Minuit, 1969. Traducción castellana en Barcelona, Seix Barral, 1971.

⁵ Wittig manifestó sus opiniones al respecto de la noción de *escritura femenina*, entre otros lugares, en *Libération*, el 17 de junio de 1999. Puede consultarse a este respecto la dirección Web: <http://www.liberation.fr/page.php?Article=8850#top>

⁶ Monique Wittig, *Le corps lesbien*, Paris, Minuit, 1973. Hay traducción castellana de esta obra: *El cuerpo lesbiano*, Valencia, Artes Gráficas Soler, 1977.

propio, fecundo en imágenes evocadoras de inhabituales mundos de ensueño. Quizá no pueda ser de otro modo cuando de lo que se trata es de poner en palabras el pensamiento de una otra manera distinta a la patriarcal dominante de concebir, de sentir y de habitar el cuerpo. Si la cultura masculina desmembra en piezas la figura femenina tomando una parte rebajada de su cuerpo, los órganos genitales reproductores, por el todo de su ser, la estrategia crítica textual de Wittig se opone a la anterior operación desquebrajando esa imagen masculina de la mujer a través de un dar vida plena y significativa a todas y a cada una de las partes, de los miembros, de los órganos, vísceras, fluidos, que conforman una nueva escritura del cuerpo. El libro de Wittig, *El cuerpo lesbiano*, recita las palabras del cuerpo; las palabras del cuerpo son las palabras que componen el libro. Todas las palabras que aluden al cuerpo femenino tienen explícita cabida en la obra de Wittig en clara, a veces violenta, oposición a esa selección patriarcal de un reducido número de órganos femeninos, la boca, los pechos, la vagina, como los únicos susceptibles de ser objeto de deseo. Wittig da presencia textual también a aquellos elementos vitales culturalmente considerados como repugnantes. Así, absolutamente todo lo propio del cuerpo vivo de la mujer es mostrado por Wittig como gozoso, atractivo y deseable, y no de un modo metafórico sino con la meta de llevar a cabo una íntegra afirmación de la realidad del cuerpo femenino; una realidad del cuerpo alejada de los estereotipos masculinos dominantes.

El cuerpo lesbiano es, justamente, el nombre otorgado a esa plenitud corporal resultante de la innovadora mirada no patriarcal, no sexual, no generizada, del texto de Wittig. En la operación crítica que realiza aquí Wittig, el lenguaje es así mismo protagonista. En el propio título de la obra resalta inmediatamente la dificultad lingüística que supone que el *corps*, masculino, sea *lesbian*.⁷ En los poemas que contiene la obra, además, se expresa la violencia vertida sobre las mujeres, el quebrantamiento de su subjetividad, por medio de un uso rasgado del pronombre de primera persona: *j/e*. Pero en la extraordinaria narrativa de Wittig ese *j/e* marcado por una diagonal adquiere el valor de un yo absoluto. Ese yo absoluto es el sujeto lesbiano. En “La marca del género”, Wittig anuncia que el sentido de *Le corps lesbien* se alcanza volviendo a la frase final de su primera novela, *L’Opoanax*. Esa frase que dice “tanto la amé que en ella vivo aún”, es la que establece al sujeto lesbiano como “un yo absoluto, como un amor absoluto, un amor lébico”. Así *Opoanax* es metáfora de ese sujeto lesbiano. Y como signo de ese sujeto lesbiano está, dice Wittig en “La marca del género”, ese quebrado *j/e* de *Le corps lesbien*: “el *j/e* con una diagonal en *The Lesbian Body* no es un yo destruido. Es un yo que se ha vuelto tan poderoso que puede atacar el orden de la heterosexualidad en textos y asaltar al así llamado amor, a los héroes del amor, y lesbianizarlos, lesbianizar a los símbolos, lesbianizar a dioses y diosas, lesbianizar a hombres y mujeres. Nada resiste a este *yo*, este *tú*, que es su semejante, su amor, que se extiende en todo el mundo del libro como un río de lava que nada puede detener”.

Hacia la erradicación de la marca de género en el lenguaje se mueven de original manera las obras literarias de Wittig. Se trata de ejercer una acción sobre el lenguaje y a través del lenguaje que implica la transformación no sólo del léxico y de su funcionamiento sino de la propia estructura del lenguaje. Ello conlleva, para Wittig,

⁷ Véase, Lorraine Code (ed.), *Encyclopedia of Feminist Theories*, London and New York, Routledge, 2000, p. 492.

la modificación política y filosófica de la realidad. Actuar en el lenguaje es actuar en la realidad. Esos peculiares pronombres personales que recorren sus páginas literarias asumen la tarea de derrocar la patriarcal división sexual y la consiguiente institucionalización de la heterosexualidad obligatoria.

Revolucionar la cultura dominante es el objetivo también del libro que en 1976 Wittig escribió en colaboración con Sande Zeig, *Brouillon pour un dictionnaire des amantes*.⁸ De forma imaginativa e irónica, aquí se nos presenta una historia cultural de una sociedad lesbiana en la que es más adecuado hablar de *amantes* que de *mujeres*, porque las *amantes* no son concebidas desde una perspectiva biológica sino como seres nutridos por unas compartidas relaciones afectivas, amorosas, de donación y ayuda mutua. Las amantes heroínas, cuyo mundo quiere evocar y exaltar este diccionario como instrumento de lucha contra la cultura hegemónica, son designadas *amazonas* en clara confrontación con el término alusivo a la función biológica femenina, el término *madre*. Correlativamente, el término *madre*, de igual modo el término *mujer*, está cargado insistentemente de connotaciones negativas en contraposición constante a los matices positivos del término *amazonas* o del término *amantes*.

La entrada *Amazonas* del *Borrador para un diccionario de las amantes* dice: "Al principio, si alguna vez hubo un principio, todas las amantes se llamaban amazonas. Y vivían juntas, amándose, celebrándose, jugando, en aquel tiempo en el que el trabajo todavía era un juego. Las amantes, en el jardín terrestre, se llamaron amazonas durante toda la edad de oro. Después, con el establecimiento de las primeras ciudades, un gran número de amantes rompieron la armonía original y se llamaron madres. Amazona tuvo entonces para ellas sentido de hija, eternamente niña, inmadura, aquella-que-no-asume-su-destino. Las amazonas fueron desterradas de las ciudades de las madres. Es en ese momento cuando se tornaron violentas y combatieron para defender la armonía. Para ellas el antiguo nombre de amazonas no había cambiado de sentido. Significaba ahora algo más: aquellas-que-guardan-la-armonía. Más tarde hubo amazonas en todas las edades, en todos los continentes, islas, banquisas. Es a las amazonas de todos los tiempos a quienes debemos haber podido entrar en la edad de gloria. Benditas sean".⁹

Correspondientemente, como decíamos, en la entrada *Madre*, que no por azar está aquí la palabra en singular sino para indicar un cierto aislamiento individualista de la persona madre contrapuesto a la comunidad afectiva de las *Amazonas*, se fabula el momento y el motivo de la triste ruptura del orden armónico de la convivencia placentera de las amantes amazonas. Aquí se narra una escena en parte mencionada antes bajo el término *Amazonas*. El establecimiento de las ciudades y, más aún, la voluntad de permanencia sedentaria en el interior de sus límites, dicta el momento del triunfo de las madres y de la segregación de las amazonas. Las madres, "permanecían en las ciudades mirando cómo engordaban sus vientres. Esta ocupación —dijeron— les proporcionaba grandes satisfacciones". Se negaban, las madres, a realizar cualquier otra labor y de ahí, nos dice el *Diccionario* no sin muestras de ironía, que llegaron a adquirir el nombre de madres. Ellas fueron las que comenzaron a establecer el régimen de las categorías diferenciadoras. *Mujer* fue el nombre elegido para designar su función de madres mientras que

⁸ Monique Wittig y Sande Zeig, *Brouillon pour un dictionnaire des amantes*, Paris, Bernard Grasset, 1976. Traducción castellana: *Borrador para un diccionario de las amantes*, Barcelona, Editorial Lumen, 1981.

⁹ Monique Wittig y Sande Zeig, *Borrador para un diccionario de las amantes*, op. cit., pp. 13-14.

reservaron para aquellas que no querían someterse a una tarea en exclusiva los nombres de *mujeres-guerreras*, *mujeres-cazadoras*, *mujeres-errantes*, *mujeres-amantes*.

Las autoras de este singular *Diccionario*, hábiles en el manejo de estrategias discursivas al servicio de sus postulados feministas, dirigen suave mas inteligentemente la lectura de la voz *Madre* hacia una conclusión que recoge el núcleo problemático de la cultura patriarcal vencedora contra la que dirigen su texto, la imposición de categorías diferenciadoras: “Las Amazonas se negaron a establecer esas distinciones y categorías. Rechazaron por completo las palabras mujer y madre. Sabían bien que eran guerreras, amantes, errantes, cazadoras, y se complacían en ello. Las madres y las Amazonas comenzaron a vivir separadas”.¹⁰

Que el lenguaje sea concebido como instrumento privilegiado por Wittig para la acción feminista propuesta, se aprecia, además de en la observación de su estilo narrativo y de su empleo de los pronombres personales que restringe en general el uso de la forma masculina, en la descripción concreta que en este *Borrador de diccionario* corresponde a la entrada *Lengua*: “Cuando las lenguas se diversificaron, a fines de la edad de oro, las civilizaciones de las madres transformaron la lengua original en múltiples lenguas”. La interna división lingüística en marcas de género diferenciadoras que cuestiona Wittig se expresa ahí de un modo mítico y simbólico en el lamento por la pérdida de una otra lengua propia de la época primigenia ajena a la cuestionable tendencia a la distinción y clasificación de las lenguas y de los seres vivos al tiempo. Una especie de ser unitario, unido en lazo amoroso, al que aspira a recrear Wittig bajo esa figura de las amantes Amazonas, tendría su correlato en la existencia de una lengua una, de aliento muy dispar al de las lenguas conocidas. Éstas, las lenguas que impusieron las madres, porque de nuevo las madres son la expresión del imperio del patriarcado, son ya lenguas estructuradas en sistemas de clasificaciones y categorías: “Éstas lenguas tuvieron la particularidad de poseer sentidos de desdoblamiento múltiple, una especie de galerías de espejos. Eran lenguas completamente adaptadas a las madres, que vivían en representación permanente”. Las madres impusieron una existencia inauténtica, como si dijéramos.

Pero ¿qué decir de cómo sería una vida vivida en su autenticidad y de una lengua equivalente?: “Se conoce muy mal la lengua original “de las letras y de las cifras”, a la cual las antiguas Amazonas permanecieron fieles. Debíó de ser sin duda una lengua bastante más simple y bastante más complicada a la vez que las conocidas posteriormente. La leyenda dice que la vieja lengua era capaz de crear la vida o por el contrario “herir” de muerte. La leyenda dice que la vieja lengua podía desplazar montañas o piedras enormes (las piedras que se levantan en cualquier parte del mundo), la leyenda dice que la vieja lengua podía desencadenar tempestades sobre el mar o apaciguarlas. No se sabe más de aquellas “letras y cifras”. Los significados y los fonemas tenían sin duda una relación diferente entre ellos. No es posible imaginar que esta lengua estuviera compuesta de “frases” con una construcción y una sintaxis rígidas, rigurosas, represivas, como las que nosotros conocemos. No se sabe bien qué rol jugaba el sonido. La leyenda ha sido narrada por las madres, las grandes madres que deformaron la lengua original y, viendo lo que habían hecho, se sintieron llenas de nostalgia por el pasado”.¹¹

¹⁰ *Ibid.*, p. 140.

¹¹ *Ibid.*, pp. 126-127.

De modo que los fonemas, el léxico, su morfología, su significado atribuido y su uso también, la sintaxis de las oraciones, la estructura lingüística, de nuestras lenguas habituales son ejercicios de represión y tanto en el terreno lingüístico propiamente como en el vital mismo. Wittig, sin duda, en esta su fabulación de la *lengua original* atribuye al lenguaje la importante capacidad de abrir lo humano, en un sentido unitario, al encuentro de aquella que fuera su primera y más valiosa realidad ontológica, la de su *edad de oro*. La lengua, entonces, es a la vez elemento de opresión y vehículo de liberación del mundo patriarcal, dependiendo de qué lengua sea la que se tenga ante la vista. Luce Irigaray, Hélène Cixous en especial, han defendido el poder del lenguaje para configurar el orden simbólico femenino que ha permanecido como irrepresentable, ausente, del orden simbólico masculinista. Sin embargo, para estas defensoras de la diferencia sexual, es la lengua materna, la voz de la madre la que debe ser buscada y rememorada ya que en esa lengua eminentemente femenina habita la esencia de la mujer. Para Wittig, por el contrario, la *madre* es la deformadora de la *lengua original*, porque esa lengua perdida es lengua de unidad, de lo humano, y no la lengua del cuerpo y de la diferencia femenina. Es clara la disparidad de pensamiento feminista; una disparidad que impide incluir a Wittig dentro del feminismo de la diferencia sexual también por lo que se refiere a su concepción y a su empleo del lenguaje, como dijimos. De hecho Wittig considera que planteamientos como los de Cixous siguen estando presos de la cultura masculina a la que reproducen antes que desmantelarla.

Las obras literarias y ensayísticas de Wittig, en definitiva, se esfuerzan de un modo sobresaliente por dar vida a un modo expresivo, lingüístico, narrativo, que pueda acercarnos la imagen de cómo sería un mundo armónico no sometido a las limitaciones estrechas, jerarquizadoras, desigualadoras, que imponen las categorías nutricias del modo de pensamiento y vida patriarcal que es el que postula la diferencia sexual. No sorprende, en este sentido, que estos trabajos de Wittig hayan interesado y sigan influyendo, dada su fecundidad creativa, dentro del ámbito de las investigaciones feministas. Además, las ficciones de Wittig, como así hemos pretendido indicar, no dejan de mostrar una productividad de alcance teórico. No obstante, tampoco deja de ser cierto que son las obras intencionadamente teóricas de Wittig las que han llegado a ser consideradas, más unánimemente, importantes puntos de referencia para los estudios de género y para los estudios *queer*,¹² dado que lo *queer* encuentra su fortaleza en la discusión de las *normales* identidades de género.

2.- Los textos teóricos de Wittig.

Bajo el título de *The Straight Mind and Other Essays*,¹³ publicado en 1992, Wittig reunió ensayos teóricos escritos en los años ochenta y sobre feminismo, lenguaje y literatura,

¹² Recientemente se ha editado en Francia un libro en reconocimiento a la obra feminista de Wittig: Marie-Hélène Bourcier y Suzette Robichon (eds.), *Parce que les lesbiennes ne sont pas des femmes*, Paris, Éditions Gaies et Lesbiennes, 2002. El libro recoge las actas del congreso sobre Monique Wittig celebrado en París en el año 2001 y cuenta, entre otras, con colaboraciones de Teresa de Lauretis, Beatriz Preciado y Louise Turcotte.

¹³ Monique Wittig, *The Straight Mind and Other Essays*, Boston, Beacon Press, 1992. Con anterioridad, había aparecido publicado el texto "La pensée straight", *Questions Feministes*, n° 7 (1980), traducido al inglés como "The Straight Mind", *Feminist Issues*, vol. 1, n° 1 (verano de 1980).

que tuvieron una gran influencia. Lo que Wittig denomina *The Straight Mind* es la cultura normativa heterosexual, que es, justamente, lo que su trabajo pretende dismantelar. Ahí, Wittig expone su lesbianismo materialista con el que persigue ir más allá de la categoría *mujer*, lo que supone cuestionar tanto el papel asignado a la mujer como criticar el predominio ideológico, político y económico del hombre. Formula su polémica tesis por la que ha llegado a ser muy conocida: “las lesbianas no son mujeres”. No son mujeres porque el término *mujer* asume, para Wittig, un carácter político en un contexto discursivo y cultural que hace de la heterosexualidad su centro. De modo que la palabra *mujer* siempre designa la relación de dependencia de las mujeres con respecto a los hombres. *Mujer* sólo halla significado en sistemas económicos y de pensamiento heterosexuales. Con la negación de la inclusión de las lesbianas dentro de la categoría *mujer*, Wittig se propone problematizar el patriarcado y, además, subvertir el feminismo heterocentrado.

En su revisión de la tradición feminista, y dado su particular interés por la categoría *mujer*, una de las pensadoras que Wittig tiene presente es Simone de Beauvoir. El texto, también muy conocido, que Wittig tituló “One is Not Born a Woman”,¹⁴ y que publicó en 1981, hace referencia, mas referencia que no deja de presentar un matiz crítico, a la sentencia que da inicio al segundo volumen de *El segundo sexo* de Beauvoir: “No se nace mujer: llega una a serlo”.¹⁵ En el nombre dado por Wittig a su escrito, se aprecia inmediatamente lo que a lo largo de su argumentación se irá desarrollando, que ni se nace mujer ni hay necesidad de llegar a ser mujer, en contra de la formulación de Beauvoir que no discute propiamente el uso del término *mujer* sino el modo patriarcal de su conceptualización y el concreto proceso al que la mujer se halla sometida en ese su devenir mujer. Para un análisis teórico feminista de la categoría *mujer*, este texto de Wittig es, sin duda, de lectura obligada.

El feminismo materialista al que explícitamente Wittig se adscribe lleva a “One is Not Born a Woman” a postular, desde el comienzo, la idea de que las mujeres no constituyen un *grupo natural*, que las mujeres son socialmente integradas en un grupo de carácter artificial. Wittig, además, sustenta su afirmación en la existencia de la comunidad lesbiana. Es la sociedad lesbiana la que hace visible la dimensión política de la reconstrucción de las mujeres como *grupo natural*. Una reconstrucción que trabaja tanto sobre las mentes como sobre los cuerpos con el objeto de someter a las mujeres a lo que ha sido dictado para ellas como naturaleza y como naturaleza que se presupone de existencia anterior al engranaje de la opresión. Para Wittig, sin embargo, *naturaleza* nombra tan sólo a una idea; las lesbianas son en sus vidas prueba de ello. Wittig reconoce que con anterioridad Beauvoir había insistido en la crítica a las tesis defensoras del determinismo biológico para las mujeres. “El conjunto de la civilización elabora este producto intermedio entre

¹⁴ Monique Wittig, “One is Not Born a Woman”, *Feminist Issues*, vol. 1, nº 2 (invierno de 1981). Hay traducción castellana del texto de Wittig en la siguiente dirección Web: http://www.4edu.info/LGBT/CSL_07.2_Nadienace.htm. En su recopilación de los textos más representativos del feminismo de la segunda ola, Linda Nicholson incluyó de Wittig precisamente el de “One is Not Born a Woman”. Véase, Linda Nicholson (ed.), *The Second Wave. A Reader in Feminist Theory*, New York, London, Routledge, 1997. Este trabajo de Wittig fue en principio presentado en la conferencia *Simone de Beauvoir* que tuvo lugar en Nueva York en 1979.

¹⁵ Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, Buenos Aires, Siglo XX, 1987, tomo II, p. 13.

el macho y el castrado que se suele calificar de femenino”, subraya Wittig¹⁶ citando el texto de Beauvoir. No obstante, Wittig persiste en denunciar el determinismo biológico porque a pesar de la obra de Beauvoir sigue perviviendo, y aun dentro del feminismo, la interpretación biologicista de la opresión de las mujeres.

Wittig, además y más allá de Beauvoir, considera que es un hecho social, no natural, no sólo la subordinación de las mujeres sino la división misma de lo humano en mujeres y hombres. El planteamiento de Wittig, de este modo, lo que discute enérgicamente es la naturalidad del *sexo* y no únicamente del *género* como habría sido el caso de Beauvoir. La afirmación de que hay dos sexos dados por naturaleza y de que la relación heterosexual es la legítima y natural es la que el texto “One is Not Born a Woman” pone claramente en cuestión. De ahí que se considere problemática la apuesta por un matriarcado tanto como la vigencia del patriarcado, porque la sociedad matriarcal sosteniéndose en la diferencia sexual y en la relación heterosexual no deja de mantener la idea de que la maternidad, la capacidad biológica de procrear, es lo que define a las mujeres. Tampoco, por consiguiente, las reivindicaciones de la superioridad biológica de las mujeres, y las correlativas condenas de los hombres que dictaminan la inevitabilidad biológica de sus comportamientos violentos, convencen a Wittig en absoluto, quien, por el contrario, directamente discute el escrito de Andrea Dworkin “Biological Superiority, the World’s Most Dangerous and Deadly Idea”. Reclamar una superioridad biológica y la naturalidad de la maternidad es asentar la división sexual; es dotar del valor de lo natural a la opresión de las mujeres; es imposibilitar el impulso hacia la transformación social. En lugar de resaltar la positividad de la maternidad, Wittig nos propone como fructífero para la acción feminista “ver la reproducción como una producción forzada”.¹⁷

Mujer es una marca acuñada a lo largo de una historia que es una historia de opresión. Es una marca que trabaja de similar modo a como la noción de *raza* elaborada en la época de la esclavitud reinterpreta en función de una interesada red de poder unos rasgos físicos en sí neutrales, según denuncia de Colette Guillaumin en “Race et nature: Système des marques, idée de groupe naturel et rapports sociaux” y de acuerdo con la cita de Wittig en “One is Not Born a Woman”. Comparando los conceptos de *sexo* y de *raza* y sometiéndolos a un cierto análisis *genealógico*, Wittig, apoyándose en Guillaumin, concluye que “lo que creemos ser una percepción física y directa es sólo una construcción sofisticada y mítica, una “formación imaginaria”, que reinterpreta rasgos físicos (en sí mismos tan neutros como otros pero marcados por el sistema social) mediante la red de relaciones en la que son percibidos”.¹⁸ Otorgándole al *sexo* aquello que Guillaumin adjudicara a la *raza*, Wittig, no debe olvidarse, formula una idea, la del *sexo* como *formación imaginaria*, que ha llegado a ser muy aplaudida en los textos feministas posteriores que se han ocupado también de desvelar el carácter no natural de nociones como las de *sexo*, *cuerpo*, *deseo* y *mujer*.

La lesbiana no es una mujer, decíamos, la lesbiana rehúsa ser una mujer, esto es, ella no acepta la dictada por el patriarcado necesidad de habitar un cuerpo física y biológicamente determinado. En la figura de *la lesbiana* dibujada por Wittig, fracasa

¹⁶ Monique Wittig, “One is Not Born a Woman”, en Linda Nicholson, *The Second Wave. A Reader in Feminist Theory*, op. cit., p. 265.

¹⁷ *Ibid.*, p. 266.

¹⁸ *Ibid.*

esa lógica de la opresión que consiste en lograr que las personas lleguen a ser, para sí y para las otras, tal y como el opresor dice ver que son. A esta lógica, que sin anunciarlo apunta hacia la performatividad lingüística donde se anuda decir con hacer, se refiere Wittig del modo siguiente: “Ellas son vistas como *negras*, por lo tanto, ellas *son negras*; ellas son vistas como *mujeres*, por lo tanto, ellas *son mujeres*. Pero antes de ser *vistas* de esta manera, primero ellas tuvieron que ser *hechas* de esta manera”.¹⁹ O, también queda sugerida la acción de la performatividad cuando Wittig enuncia que cierta declaración del opresor vertida sobre las lesbianas en el sentido de que ellas no son mujeres *verdaderas*, está indicando que “*mujer* no es algo que suceda sin un decir”.²⁰

La marca *mujer* impuesta por el opresor no es causa o razón de la opresión, no es anterior a la opresión, es producto de la opresión y un producto que tiene reales efectos materiales sobre las conciencias y sobre los cuerpos. La lesbiana del feminismo materialista de Wittig, que no quiere ser una mujer, tampoco quiere ser, en consecuencia, un hombre. Ser hombre, según criterio de la norma cultural, no es sólo tener el aspecto físico, externo, de hombre sino adquirir la conciencia de un hombre, esto es, ser consciente de que se dispone para sí y por derecho de “al menos dos esclavas *naturales*”.²¹ Lo que pretende la figura de *la lesbiana* de Wittig es poner en evidencia la artificialidad y la opresión de las marcas sexuales a la vez que el modo de trabajo de la opresión. Además, Wittig no renuncia a mostrar la opresión propia de la que las lesbianas, en cuanto *mujeres* que rechazan la heterosexualidad, son objeto, en particular la lesbiana *butch*, cuyo rostro provoca habitualmente el mayor horror. Si las mujeres son seres definidos por su dependencia y por su pertenencia a los hombres, las mujeres, en consecuencia, quedan fuera del alcance de las lesbianas. Ni son mujeres, las lesbianas, ni pueden disponer de mujeres; son una especie de no mujeres, de no hombres. Lo que para Wittig, volviendo en su contra la dinámica de la opresión, tiene, decíamos, un positivo alcance feminista en tanto que problematiza las categorías de *mujer* y de *hombre*.

El rechazo a la heterosexualidad significa, para Wittig, no querer ser una mujer y no querer ser un hombre. Y sin embargo, algunas lesbianas activistas feministas de los movimientos de liberación de la mujer retomaron el mito de la mujer, mito del opresor, queriendo llegar a ser más y más femeninas. Se dirigieron de este modo al interior del *grupo natural* pensando que ahora luchaban desde dentro en contra de la degradación de la mujer y en defensa de la mujer. Se iniciaron, entonces, las teorías de la especificidad femenina como las de Andrea Dworkin, siendo que con anterioridad, además de en Beauvoir, por ejemplo, en autoras como Ti-Grace Atkinson, el feminismo había hallado su valor en la imagen de una sociedad asexualada. El término *feminista*, afirma Wittig, muestra así una ambigüedad que es resultado y resumen de lo dicho, mas el término *feminista* no debe dejar de usarse para mostrar con él que el esfuerzo por la liberación de las mujeres tiene una historia.

¹⁹ *Ibid.* El texto de Wittig dice así: “They are seen *black*, therefore they are *black*; they are seen as *women*, therefore, they are *women*. But before being *seen* that way, they first had to be *made* that way”. Hemos traducido *they* por *ellas* respetando el mayor uso de Wittig del género femenino pero ello no implica, obviamente, que Wittig se esté refiriendo aquí de modo exclusivo y específico a los seres que el patriarcado determina como mujeres, sino que Wittig alude con *they* a los humanos.

²⁰ *Ibid.*, p. 267.

²¹ *Ibid.*

Ese modo del feminismo que anuncia y que defiende la existencia irrenunciable de una especificidad de la mujer, un feminismo que en nuestros días llamamos más comúnmente feminismo esencialista de la diferencia, es analizado y criticado con contundencia por Wittig y de una manera tal que llama la atención por su actualidad más inmediata. Wittig pone en evidencia, en 1981, un enunciado del feminismo de la diferencia de los años setenta y que resurge en los ochenta, que continúa siendo expresión propia de ciertos feminismos del presente, feminismos que si bien ahora dicen alejarse del más crudo esencialismo para hacer compatibles la igualdad con la diferencia no pueden dejar de motivar ciertas sospechas precisamente en cuanto que mantienen formulaciones de las conceptualizaciones feministas explícitamente esencialistas. Esto dice Wittig al respecto del feminismo de la especificidad femenina: "Ellas sostuvieron el ilógico principio de *igualdad en la diferencia*".²² Ciertamente que el opuesto directo de igualdad es desigualdad, pero cierto es además que la diferencia que se postula entre *dos polos, dos tipos de personas*, viene acompañada de relaciones jerarquizadoras, por tanto, del establecimiento de relaciones de desigualdad. Así lo ha hecho evidente nuestra tradición dualista occidental.

El combate feminista de Wittig propone la tarea política de hacer desaparecer la clase de los hombres, lo que supondría la desaparición de la clase de las mujeres, porque "no hay esclavos sin amo". *Mujeres* puede servir para indicar, dice Wittig, la clase dentro de la que se combate, siempre y cuando se separe *mujeres* de *mujer*, ya que *mujer* es "sólo una formación imaginaria" y *mujeres* es "el producto de una relación social".²³ El término *mujer*, más aún, oculta el hecho de que las mujeres no forman una clase natural, son el resultado de relaciones de explotación. Junto con esta necesidad de reflexionar sobre *mujeres* como expresión de clase oprimida, Wittig sitúa la ineludible y difícil tarea para cada una de las mujeres de pensarse a sí misma no sólo como objeto sino como sujeto individual que ha de ocuparse de sí. En este sentido Wittig critica al marxismo que no haya posibilitado a los miembros de la clase oprimida, quienes han de trabajar por el grupo o por el partido en exclusiva, concebirse bajo esta dimensión de sujeto individual, no abogando entonces por una transformación personal sino sólo por un cambio del sistema económico, social, político. Para las mujeres, en concreto, el marxismo tuvo la consecuencia, al introducir las en el interior de una clase natural, de impedir que se comprendieran bajo la noción de clase social; al mismo tiempo, el marxismo culpabilizaba a las mujeres que se preocupaban por los problemas de las mujeres acusándolas de distorsionar la lucha del pueblo.

No es suficiente la conciencia de clase aunque tampoco sea prescindible. Wittig afirma que las mujeres han de acometer, desde un punto de vista materialista y de rechazo del mito *mujer*, la tarea de definir al sujeto individual, y ello a pesar de que tradicionalmente marxismo y subjetivismo han sido divergentes. Primero, las mujeres deben reconocer que los llamados problemas individuales, privados, son problemas sociales debidos a la violencia institucional. Mas después se ha de pensar la cuestión del sujeto. En este sentido, Wittig, guiada por el propósito de salir al encuentro de una nueva definición de humanidad, reclama el rechazo de las categorías de *mujer* y de *hombre*, en la convicción

²² *Ibid.*, p. 268.

²³ *Ibid.*

de que el buscado sujeto individual de alcance feminista exige ante todo la eliminación de las categorías de sexo. Ello no supone, sin embargo, la pérdida del término *lesbiana*. Ésta es, en definitiva, la tesis central del texto de Wittig: *la lesbiana*, y sólo ese concepto, “está más allá de las categorías de sexo (mujer y hombre), porque el sujeto designado (lesbiana) *no* es una mujer, ni económica, ni política ni ideológicamente”.²⁴ *Lesbiana* nombra una liberación, la liberación de la servidumbre que padecen las mujeres en su relación de dependencia con los hombres, la liberación de la clase de las mujeres donde los hombres son los propietarios de las mujeres. *La lesbiana* es así una forma de vida en libertad, para Wittig la única que ella conoce, que se cumple mediante la destrucción de la heterosexualidad, entendida como sistema social, que es también una destrucción de la diferencia entre los sexos.

El proyecto feminista que Wittig impulsa tanto en sus obras literarias como en sus textos teóricos, supone una crítica revisión del patriarcado mas también de los feminismos de la diferencia sexual, así como lleva a efecto un fuerte cuestionamiento de la heterosexualidad como institución social de carácter obligatorio que discute al mismo tiempo el lesbianismo separatista centrado en la postulación de un núcleo identitario lésbico, porque sin duda el marco de anclaje del feminismo simbolizado bajo la figura de *la lesbiana* es el horizonte humanista de intelección de lo humano.

Posteriores investigaciones feministas que incluyen entre sus objetos privilegiados de atención categorías como las de sexo, diferencia sexual y heterosexualidad, género, identidad de género, mujer, y que insisten en realizar una crítica interna a la tradición feminista, han obtenido útil provecho de la labor de Wittig. Ello ha sido especialmente cierto en el caso de las elaboraciones feministas de la filósofa Judith Butler, quien, como indicamos anteriormente, ha dado nuevo impulso, en nuestros días, al pensamiento de Wittig dentro del feminismo.

3.- La lectura de Butler.

Uno de los tempranos textos feministas de Butler, publicado en el año 1986, no por casualidad lleva por título “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault”.²⁵ Aquí se recogen ya en inicio muchas de las tesis que llegarán a ser centrales a lo largo de la dilatada producción de pensamiento de Butler. Se trata de un trabajo que muestra el proceso de gestación, por así decir, de su feminismo filosófico explicitando las influencias que lo alimentan. El punto de partida es la beauvoiriana sentencia, “No se nace mujer: llega una a serlo” y a continuación el correspondiente escrito de Wittig, “One is Not Born a Woman”. Ambos escritos, considera Butler, contribuyen a pensar el género como problema y, evidentemente, éste es el eje central del feminismo de la autora de *Gender Trouble*.²⁶

De Beauvoir le interesa a Butler la distinción entre sexo y género, la desconexión del sexo, como realidad fáctica inmutable, del género, como rasgo variable y adquirido,

²⁴ *Ibid.*, p. 271.

²⁵ Judith Butler, “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault”, en Seyla Benhabib y Drucilla Cornell (eds.), *Teoría feminista y teoría crítica*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1990.

²⁶ Judith Butler, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York and London, Routledge, 1990. Traducción castellana: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós, 2001.

que Butler rastrea en el contenido de *El segundo sexo*, y, en particular, la formulación del género como un proyecto existencial a la que la obra de la filósofa francesa invita a pensar aun no tratando explícitamente el tema de la identidad de género. Butler discute minuciosamente aquí y más por extenso en su *Gender Trouble*, el residuo que percibe ambivalente pero presente en último término en Beauvoir de la noción cartesiana de sujeto. Ese sujeto postulado como previo a todo desarrollo, a toda acción, especie de guía de una elección vital y habitante extraño y problemático del cuerpo, es fuertemente atacado por Butler, mostrando sus contradicciones, desde los presupuestos postestructuralistas en los que acoge su pensamiento.

“No es sorprendente que Beauvoir derive su marco filosófico de la filosofía existencial, ni que Wittig parezca deberle más a Beauvoir que a las feministas francesas que escriben a favor o en contra de Lacan”,²⁷ afirma Butler. Beauvoir, en cierto y débil modo, y Wittig, con clara contundencia, mantienen el valor del sujeto humanista. En esto son objeto de las críticas butlerianas. Mas también sus pensamientos coinciden en un punto que Butler hará suyo, la crítica a las teorías esencialistas de la mujer. Beauvoir, con su noción del cuerpo como situación contribuye a acercar la idea de la no naturalidad del cuerpo y, por tanto, de la no naturalidad del sexo. Si bien admite la convencionalidad del vínculo entre el sexo y el género, ciertamente Beauvoir no concluye explícitamente por cuestionar la realidad física del sexo ni la dualidad sexual, tampoco la correspondiente dualidad de géneros, aunque cabría pensar desde Beauvoir en una posibilidad que ella misma no formula, la de una pluralidad de géneros sostenida en la dualidad de sexos. Lo que subraya Butler es que aun partiendo de Beauvoir, Wittig irá más lejos en sus planteamientos sobre el sexo y el género al cuestionar ya directamente la naturalidad del sexo, determinando que el sexo es una unidad ficticia, y al indicar, en coherencia, la inoperatividad de la distinción entre sexo y género dado que ambas nociones son resultado de elaboraciones socioculturales y lingüísticas. Butler recoge con interés y provecho esta argumentación de Wittig sobre cómo la diferencia sexual no es un dato previo sino que es resultado de “un acto interpretativo cargado de supuestos normativos sobre un sistema de género binario”,²⁸ con lo que nos pone ante la vista que la noción de *sexo* se halla en dependencia de la de *género*. Cuando Butler escribe: “Para Wittig, cuando nombramos la diferencia sexual, la creamos”,²⁹ está, no obstante, reformulando el texto de Wittig para que preste mejor apoyo a las reflexiones sobre la performatividad lingüística que en Wittig sólo están sugeridas, como decíamos, mientras que en Butler forman parte nuclear de su pensamiento feminista, un pensamiento que define explícitamente al género como performativo: “el género es *performativo* en el sentido de que constituye como efecto el mismo sujeto que parece expresar”.³⁰

La quiebra del binarismo sexual y de la institución de la heterosexualidad que se proponen tanto Wittig como Butler lleva consigo una contestación de la práctica social de dotar de valor a rasgos anatómicos concretos, aquellos que tienen que ver con la función reproductora, con el objetivo de que ocupen el lugar de polo de referencia determinante

²⁷ Judith Butler, “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault”, *op. cit.*, p. 211.

²⁸ *Ibid.*, p. 202.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Judith Butler, “Imitación e insubordinación de género”, *Revista de Occidente*, nº 235, (diciembre de 2000), p. 102.

del sexo físico y de la identidad sexual misma. Butler se apoya a este respecto en *El cuerpo lesbiano* en tanto que reconoce en esa narración de Wittig la intención de escribir de otro modo, lejos de la restricción binaria, las partes anatómicas configuradoras de una identidad sexual que se sustenta no ya en un cuerpo físico inmediatamente percibido, y sobre todo genítalmente percibido, sino en un rearticulado cuerpo, pleno de placer erótico polimorfo. Que *El cuerpo lesbiano* es, al menos, una oportunidad para romper, mediante el rechazo del linaje patronímico y del principio político de la heterosexualidad obligatoria que lleva a efecto, el modo patriarcal de pensar la integridad corporal, y una oportunidad para reelaborar desde otro ángulo la coherencia corporal, es apuntado por Butler además en su *Bodies that Matter*.³¹ Pero Butler no sólo reconoce el mérito del trabajo de Wittig. Butler apunta con certeza los aspectos problemáticos que distancian su pensamiento del de Wittig: “¿Ha decidido Wittig que las normas heterosexuales son normas culturales, mientras que las normas lesbianas son naturales por alguna razón? ¿El cuerpo lesbiano que propone como algo que de algún modo es anterior y excede a las restricciones binarias verdaderamente es un cuerpo? ¿Se ha apropiado la lesbiana del puesto del polimorfo psicoanalítico en la particular cosmogonía sexual de Wittig?”.³² Ni la heterosexualidad es la única causa explicativa de la subordinación de género ni el lesbianismo es, para Butler, una relación sexual liberada del poder.

En efecto, dejar al margen de la crítica a las normas de género hegemónicas al lesbianismo como si el lesbianismo nombrara el lugar de lo natural, es el punto inaceptable para el feminismo postestructuralista de Butler que se niega a admitir un más allá o un más acá, sea cual sea su diseño, del ámbito de lo cultural, social, lingüístico. En otros contextos, Butler se ha ocupado más en detalle del tema de cómo el lesbianismo, la homosexualidad en general, no es ajeno al poder sino que está implicado en la dinámica de poder que estructuran las normas de género,³³ lo que le ha llevado a negar la “disyunción radical” que plantea Wittig entre homosexualidad y heterosexualidad, así como a afirmar, en contra de Wittig, que la heterosexualidad puede ser internamente resignificada,³⁴ que puede, en ciertos casos, trabajar por la desestructuración de las normas de género hegemónicas. *La lesbiana* de Wittig, habíamos dicho, sin embargo, es un concepto que no remite sólo ni exactamente a la relación homosexual sino a un modo de pensamiento y de vida ajeno y anterior a las marcas de sexo. Butler tiene en cuenta también este significado de *la lesbiana*, cuando afirma que Wittig lo que pretende en realidad es trascender una categoría, la de *sexo*, que remite a una dicotomía donde mujeres y hombres, y la práctica heterosexual, agotan todo el campo de aplicación. Mas, esta otra perspectiva de análisis, tampoco satisface a Butler. Por un lado, el problema es que el estar fuera de la cultura ejemplificado por *la lesbiana* difícilmente puede sustraerse a ese juego cultural de oposiciones binarias que es, justamente, lo pretendido. El afuera de la cultura está, de algún modo, relacionado con la cultura. Queda vigente, entonces, el sistema de oposiciones

³¹ Judith Butler, *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of 'Sex'*, New York and London, Routledge, 1993. Traducción española: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 115, nota 17.

³² Judith Butler, “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault”, *op. cit.*, p. 204.

³³ Véase, Judith Butler, “Imitación e insubordinación de género”, *op. cit.*

³⁴ Véase, Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, *op. cit.*, p. 153.

con sus jerarquías implicadas, aunque ahora se trate de la oposición entre cultura heterosexual y sujeto *postcultural* lesbiano. Por otro lado, es el programa humanista defendido por Wittig lo que Butler no comparte. Está de acuerdo en objetar el binarismo por sus implicaciones jerárquicas, pero no así por el camino que postula un sujeto humanista, natural, asexuado y anterior al orden de lo cultural. A Butler no le parece, además, ni conveniente ni productivo mantener el supuesto estructuralista que dice que la cultura trabaja siempre al servicio de las oposiciones binarias. La labor feminista de Butler, al contrario, apuesta por una lucha contra la oposición binaria de las normas de género que actúa desde dentro del ámbito de lo cultural, abriendo nuevas líneas de intelección de lo humano. Ella dice: “fuera de los términos de la cultura no hay ninguna referencia a la “realidad humana” que tenga significado. El programa político para superar las restricciones binarias debería preocuparse, por tanto, por la innovación cultural más que por los mitos de la trascendencia”.³⁵ Que la subversión ha de ejercerse a partir de la reelaboración de los materiales de la cultura, se afirma en *Gender Trouble* del modo siguiente: “lo “impensable” está totalmente incluido en la cultura, pero totalmente excluido de la cultura *dominante*”.³⁶

Ésta es la razón de que en lugar de la eliminación del sexo, Butler defienda la multiplicación de géneros. Lo que no contradice la afirmación de que la crítica de Wittig a la categoría de *sexo*, a la idea de sexo natural sea, como hemos querido dejar patente, productiva para Butler: “Por una parte Wittig exige una total trascendencia del sexo, pero su teoría igualmente podría llevar a una conclusión inversa, a la disolución de las restricciones binarias a través de la *proliferación* de géneros”.³⁷ Para llevar a efecto un ejercicio genealógico de las nociones de sexo y sexualidad, Butler recurre así mismo a la *Historia de la sexualidad* de Foucault. Y, más allá de Wittig, para la tarea de *proliferación*, de interna apertura de las normas a nuevas configuraciones de géneros viables social y culturalmente, Butler encuentra útil apoyo en la teoría del poder de Foucault que ella aplica, revisándola, al problema del género: “La subversión de los opuestos binarios para Foucault no es resultado de su trascendencia, sino de su proliferación hasta un punto en el que las oposiciones binarias dejen de tener sentido en un contexto en el que las diferencias múltiples, no restringidas a las diferencias binarias, abundan. Como estrategias para hacer difuso el antiguo juego de poder de opresor y oprimido Foucault parece sugerir la “proliferación” y la “asimilación”. Su táctica, si se le puede llamar así, no es trascender las relaciones de poder, sino multiplicar sus diversas configuraciones de tal modo que el modelo jurídico de poder como opresión y regulación deje de ser hegemónico”.³⁸

En posteriores obras, Butler retoma el análisis de la obra de Wittig, particularmente en *Gender Trouble*, donde las referencias a la pensadora francesa además de recorrer el conjunto del libro se encuentran especialmente contenidas en el apartado titulado “Monique Wittig: desintegración corporal y sexo ficticio”. Wittig, de nuevo, es para Butler motivo de reflexión y de profundización del pensamiento feminista, mas también a través del cuestionamiento de algunas de sus tesis. Sobre todo el fondo humanístico

³⁵ Judith Butler, “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault”, *op. cit.*, p. 205.

³⁶ Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, *op. cit.*, p. 111.

³⁷ Judith Butler, “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault”, *op. cit.*, p. 204.

³⁸ *Ibid.*, p. 206.

al que remite *la lesbiana* de Wittig es en *Gender Trouble* negativamente desvelado. Wittig defiende la noción de sujeto. *La lesbiana* es ese sujeto que se reivindica, sujeto liberado del sexo, sujeto autónomo, sujeto libre que se encuentra en disposición de alcanzar la universalidad concreta. *La lesbiana* es, en cuanto no mujer, no hombre, una persona anterior al ámbito de lo social y cuya libertad también asume un carácter presocial. Ello supone, para Butler, el mantenimiento por parte de Wittig de la metafísica de la substancia, que busca el ser, la plenitud radical, presente en la filosofía occidental,³⁹ justo de aquella metafísica que es la que produce como resultado la categoría de sexo y su naturalización. El camino de *la lesbiana* seguido por Wittig, no está pues, según Butler, exento de contradicciones, tampoco de ambigüedades, ciertamente. Butler considera que es otra distinta, y más fructífera, la línea planteada por Wittig en sus reflexiones sobre cómo el género gramatical actúa para dar significado lingüístico a las personas⁴⁰ y en sus afirmaciones sobre el poder del lenguaje para subordinar a las mujeres creando efectos de realidad, construyendo sus cuerpos, pero poder del lenguaje que puede ser empleado así mismo en un sentido inverso, en una dirección feminista.

Entonces, es cuando Wittig realiza la crítica a la naturalización de las categorías que efectúa el trabajo del lenguaje y de la cultura cuando Butler le reconoce más aciertos a su pensamiento, admitiendo que ahí hay una cierta impugnación de la metafísica de la substancia;⁴¹ y es cuando Wittig señala un lugar, *la lesbiana*, de transcendencia de las categorías, del lenguaje, de la cultura, cuando Butler halla más desaciertos en su propuesta de liberación feminista. Butler observa, dicho de otro modo, dos niveles ontológicos en la obra de Wittig. Uno es el del orden de lo construido sociocultural y lingüísticamente, donde se situaría la noción de *sexo* y de *género* así como las históricas y contingentes estructuras de la heterosexualidad obligatoria, y el otro, concebido como más fundamental, es el orden de lo presocial y prediscursivo, donde habitan las personas en unidad e igualdad.⁴²

De las novelas de Wittig, en particular, Butler considera que presentan un valioso desafío lingüístico en contra de las categorías de identidad a través del esfuerzo por dar vida a categorías nuevas, nacidas de los materiales destruidos, y a nuevos lenguajes expresivos de modos distintos de ser los cuerpos.⁴³ Sin embargo, como decíamos, el lesbianismo absolutizado por Wittig como lo radicalmente otro de la heterosexualidad y de las marcas de sexo, como el lugar del sujeto humano genuino y como lugar que, observa críticamente Butler, podría acabar convirtiéndose en obligatorio, es lo sometido a incisiva revisión por el discurso butleriano cuya dinámica constante es la problematización de la identidad en cualquiera de sus formas y desde el interior del ámbito de lo lingüístico y cultural. He aquí, en este sentido, el matiz diferenciador del proyecto de Butler: "Si el poder no se reduce a la voluntad, y si se rechaza el modelo clásico liberal y existencial de la libertad, entonces puede entenderse, como creo que debe ser, que las relaciones de poder constriñen y constituyen las posibilidades mismas de la voluntad.

³⁹ Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, op. cit., pp. 52-53.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 54.

⁴¹ *Ibid.*, p. 58.

⁴² *Ibid.*, p. 146.

⁴³ *Ibid.*, p. 158.

Por lo tanto, el poder no puede ser ni retirado ni rechazado, sino sólo reformulado. De hecho, a mi juicio, el objetivo normativo para las prácticas gay y lésbica debería estar en la reformulación subversiva y paródica del poder más que en la imposible fantasía de su transcendencia total".⁴⁴

Cierto es, finalmente, que la obra de Wittig ha encontrado reconocimiento, y difusión, en los escritos de Butler. Y cierto es, a la vez, que el trabajo intelectual de Butler se fortalece mediante el aprovechamiento de las elaboraciones feministas que nos ofrece Wittig.

Elvira Burgos Díaz
Universidad de Zaragoza
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Filosofía e Historia de la Ciencia
C/ Pedro Cerbuna, 12. 50009. Zaragoza
Tlf. 976761505
Fax. 974239392

⁴⁴ *Ibid.*, p. 155.